

La Luciérnaga

Morando en un lindo rincón del campo, entre flores coloridas y perfumadas, árboles frondosos y amigas, Vavá la luciérnaga, vivía siempre insatisfecho.



Se sentía pequeño e inútil. Volaba sobre las rosas y admiraba la belleza y el perfume, se deleitaba con las mariposas que pasaban vestidas elegantemente de multicolores. Oía con asombro el canto mágico de los pájaros en las ramas del arbolado y se entristecía por no conseguir emitir una nota siquiera. En el fondo, tenía una envidia profunda de ellos, de las rosas, de las mariposas y de todos los que eran diferentes de él.

¿Por qué Dios lo haría así? ¡El no era bonito como las mariposas, no era perfumado como las rosas y no sabía cantar como los pájaros!

La única cosa que poseía era aquella incomoda linternita en la parte trasera de su cuerpo y que nadie más tenía. ¡Solo él!

Si aun fuese una luz bonita y brillante, como la de las estrellas que Vavá contemplaba por la noche, o como aquellos postes de luz que él veía de vez en cuando en la ciudad, sería diferente. Tendría orgullo de ella. ¡Más como! ¡Esa luz débil y oscilante no servía para nada!



Cierto día, Doña Coneja apareció dando saltos, muy preocupada con su hijo defectuoso. El pequeño estaba enfermo y ella precisaba de una determinada planta para hacer una infusión.

Pidió ayuda a la mariposa:

Más la mariposita respondió, abriendo las alas coloridas:

- ¿Como conseguir? ¡Esta poniéndose oscuro y no veo nada!
- Amiga mariposa, ayúdeme a encontrar el remedio para mi hijo.
- ¡Me gustaría ayudarla, más, infelizmente, no puedo andar, y, aun mismo que pudiese, con esa oscuridad sería imposible!

Doña Coneja agradeció y, encontrando al pajarillo, le pidió:

-Usted que anda por tantos lugares, ¿podría ayudarme a procurar la planta que necesito para curar a mi hijo?

El pajarillo quedó pensativo y después respondió, atento:

- Creo que se donde encontrar la planta que la señora busca, Doña Coneja, más está muy oscuro y no puedo volar, pues toparía en los árboles. Más Allá de eso, no se el lugar exacto y ahora de noche sería imposible encontrarla.

La pobre conejilla quedó muy triste y ya se disponía a desistir de su intento y retornar a su hogar sin la planta necesaria. Más los bichitos que se juntaron para analizar el problema, preocupados con la situación de la pobre madre, comenzaron a discutir cual era la mejor solución.

Doña lechuza, que oía todo en silencio, acomodada en un hueco de un árbol, sugirió:

- Solo conozco a alguien capaz de ayudar en este momento tan difícil.

-¿Quién? - preguntaron todos al mismo tiempo:

-¡La luciernaga Vavá!



Se miraron sorprendidos. ¿Cómo no pensaron en eso antes?

- YO???...

- ¡Claro! ¿Quién más poseía una linterna? – explico la lechuza, satisfecha.

Se encaminaron, entonces, para la región donde el pajarillo viera la planta, siempre guiados por Vavá, que iba al frente, todo orgulloso, iluminando el camino.

Caminaron... caminaron.... Caminaron... hasta que, bien escondida, allá estaba ella.

Doña Coneja, muy feliz y aliviada, no sabia como agradecer:

- ¡Agradecida, Vavá! ¡Si no fuese por usted y su linternita nunca habría conseguido. ¡Que Dios la bendiga!

Vavá, que, por primera vez se sentía útil y valorizado, quedo satisfecho. Y percibió que el don que Dios le dio era mucho...muy importante, y podría ayudar a mucha gente.

Ahora ya no se incomodaba más por no ser bello como las mariposas, o perfumado como las rosas, o tener voz melodiosa como los pájaros.

Ya no se sentía más como un pequeño e insignificante insecto, inútil y despreciado por todos. El era muy importante y tenía una tarea que solo el podía ejecutar: clarear las tinieblas.

Y, a partir de ese día, Vavá paseaba siempre por el campo, confiado en si mismo y orgulloso de su luz, agradeciendo a Dios la bendición que le concediera.

Tía Celia

Autora: Celia Xavier de Camargo
Traducción: Izabel Porrás González
Revisión: Valle García Bermejo